

APORTACION ESPECIAL

Nuestro gran Pintor José Luis Samper, guiado por mis torpes explicaciones, ha tratado de perpetuar en este dibujo lo que fue el acto de medir un vagón de vino en pellejos para embarcarlo. No es que nos ha echado una mano, sino las dos y el corazón y hasta su media costilla. Nadie mejor que él, que ya es historia en el Arte, para incorporar su nombre a estas manipulaciones que se recordarán siempre, como se recuerdan todas las infancias, con pena de que se pasaran tan buenos tiempos.

Y para que todo sea historia en estas disquisiciones, diremos, con la triste melancolía de todas las historias, que el rincón de bodega que ha servido a Samper para este apunte, ha sido el de la bodega rehundida y ruinosa de Estrella, el popular alcalde, hombre de la Plaza, que la visitaba a la hora prima, antes de bajar al Ayuntamiento, cumpliendo con el rito de los corredores, sobre el indispensable cuidado que necesita todo vino, que es el de pasarle el dedo a las tinajas todas las mañanas. Y que desde su casa le venía muy bien para llegar hasta ella a surco traviesa casi en línea recta, una de tantas bodeguillas de 1.000, 2.000 o 3.000 arrobas que se hicieron los labradores cuidadosos y trabajadores para defender sus cosechas y no tener que malvenderlas en los momentos de la recolección, elaboraciones que lograron amplio crédito en toda España como de propio cosechero, queriendo significar la falta absoluta de aditamentos químicos, como la longaniza de las matanzas caseras, toda de gorrino.

Ya no hay bodegas. Si la de Estrella no es la última en hundirse, pocas serán las que le sigan y la Soldaeta que en el cuchitril de enfrente se retostaba con el hombre como tocones, podrá hablarles a los chicos del Santo al calor de la lumbre de los buenos tiempos, entendiéndolo por buenos los más antiguos por aquello de que cualquiera tiempo pasado fue mejor y que por algo les darían el nombre de dorados, en los que se envasaba el vino en pellejos como el aceite en el molino de Tizonas que estaba enfrente y se medía desde el tino donde caía a chorro por la canilla. Los hombres se remangaban un poco, uno tendía el pellejo en el suelo y puesto en cuclillas abocaba el embudo hacia el tino y el otro hundía la media en el charco llenándola hasta rebosar y la vaciaba en el embudo cantando las que llevaba hasta veinte que hacía una raya en la tinaja, equivalente a diez arrobas, elemental sistema que no falló jamás ni ha cambiado nadie porque dos y dos serán cuatro por los siglos de los siglos.

La Soldaeta y el hombre, entre Gallego y Morire y la Joaquina de Sopas, curvados, barriendo moñigos y rejuntando leña, mantenían un fuego muy animado propio para rememorar los buenos tiempos y que los chicos no olviden que lo fueron por la pureza y salubridad de los productos, por lo natural de las especias y por el sano olor de la leña quemada que tan buen sabor da a los guisos.